

en otras tribus sudamericanas el dios del cielo y del trueno y por esto los tinnes dan á un espíritu malo el nombre de «venido del cielo.» Los araucanos creen que en sus sombríos bosques reina el espíritu Tranco cubierto de follaje que derriba los árboles, tuerce el pescuezo á los hombres, rompe la columna vertebral á los niños y, en una palabra, con sus actos demuestra ser el peor duende de las selvas. Los makahes consideran como portador de enfermedades á un espíritu maligno denominado Schukam: generalmente se introduce por la boca del que va á beber en algún torrente, pero también puede infiltrarse en el cuerpo por la piel cuando se toma un baño de agua salada.

El alma emigra en sueños, pero ni ella ni el alma que quiere separarse del que desfallece y que puede ser nuevamente insuflada ó metida debajo del cabello por los camanes constituyen un principio generador de vida. Los camanes examinan las almas y las guardan en cajas: dios se les aparece en sueños y una de sus más envidiadas aptitudes es la de soñar con él. Los sueños ejercen gran influencia especialmente en el sentido negativo, es decir, cuando aconsejan á uno que no haga alguna cosa, y la interpretación de los mismos es una de las principales tareas de los sacerdotes. A todas estas creencias agregábanse en Méjico los horóscopos que se formulaban con interminables circunloquios y en el Perú las profecías basadas en toda clase de fenómenos, tales como la vista de excrementos de animales, la forma de los granos de maíz, las figuras que hacía el humo, los sueños de los borrachos, el vuelo de las aves y otros muchos, existiendo para cada categoría sacerdotes especiales.

El país dichoso del otro mundo no tiene noche, ni nubes, ni vientos, ni tempestades, ni árboles secos sino que posee la vegetación más espléndida porque en él prosperan todas las semillas que en la tierra se malogran. Los comanches se imaginan el otro mundo como una pradera llena de búfalos; los nischinames llaman al paraíso casa de baile de los dioses: algunos lo suponen en el Sud, otros en el Oeste ó creen, por lo menos, que las almas al separarse de los cuerpos empiezan su ruta encaminándose hacia el sol poniente. Según los norteamericanos el infierno está situado al Occidente. Como los polinesios creen estos pueblos que las almas de los nobles descienden al averno siguiendo el curso del sol y que una vez allí habitan en islas felices, en la casa de príncipes (casa larga), lo cual no impide que las almas se dejen ver en otros puntos por varias causas y hasta incurriendo en contradicciones lógicas que á nadie repugnan. Cierta que las almas de los que sucumben en el campo de batalla habitan en una casa larga, pero por lo que toca á todas las de los demás dicese simplemente que van á parar al Tschay-her, es decir, debajo de la tierra, siendo compadecidos aquellos cuyo camino convierten en pantanoso los llantos fúnebres excesivos. Los thlinkites creen que las almas atraviesan las montañas y llegan á un río que cruzan auxiliadas por las sombras que las han precedido y que las conducen al reino de las tinieblas situado en la otra orilla. Los demonios (*jekhes*) son almas que vuelven á la tierra. Los *ichthes* ó hechiceros de los thlinkites invocan demonios superiores ó *hejekes*, las almas de los valientes en la aurora boreal, *takijekes*, almas encerradas en los animales terrestres, y *tekijekes*, almas transmigradas á los animales acuáticos ó espíritus acuáticos. Las almas de los grandes antepasados descienden á la tierra é inspiran á los sacerdotes. Los thlinkites consideran á los niños como almas de los parientes difuntos que regresan á este mundo y la madre impone á su hijo como primer nombre el de un antepasado que puede luego el padre sustituir por el

de un antecesor suyo. Los tinnes creen que los niños que nacen ya con dos dientes son reencarnación de almas de seres en otro tiempo vivientes; lo propio se supone respecto de los que nacen á raíz de la muerte de algún individuo de la tribu: así lo atestigua Hearne y Petitot no pudo disuadir á una muchacha de la creencia de que había existido en otro tiempo con otro nombre.

Con la idea de una vida futura se enlaza de una manera vaga la de premio y castigo, aunque no tan saliente como cree Saens, por ejemplo, respecto de los chirigúas cuando dice: «Su religión se reduce á lo siguiente: creer que un ser superior que ha creado cuanto existe recompensa las buenas y castiga las malas acciones. De este ser no se tienen formada idea material alguna.» Más concreto es lo que se nos dice de los payaguas, según los cuales los malos son quemados en calderas mientras los buenos se dedican á la caza en las orillas de un río hermoso y abundante en peces, y de los rukujennes que establecen las tres siguientes gradaciones: las almas de los buenos van al cielo (*katun*), las de los malos andan errantes por las nubes y las de los *piáis* ó hechiceros permanecen unidas á los cuerpos en la tumba en donde celebran sus asambleas otros hechiceros, hombres y hasta animales. En los fríos territorios del Norte, en donde el sol con su calor y con su brillo deja sentir más eficazmente su acción sobre la tierra, crefase que este astro, y aun más la aurora boreal, acogía en su seno á las almas de los valientes y que las almas buenas eran llevadas hasta él por el humo del fuego en que sus cuerpos eran consumidos. La idea del purgatorio no ha conseguido todavía entre los indios cristianos de Chiloe, por ejemplo, destruir la creencia de que muchas almas antes de ser admitidas en el cielo vagan por el aire: á ellas están reservadas ciertas bayas que con gusto devoran durante la noche. Los esquimales suponen que durante el invierno, cuando el sol ha desaparecido, el aire está lleno de almas. Desde el momento en que según cuál haya sido la clase de muerte las almas saben positivamente qué suerte les está reservada, la muerte no es para los indios el ingreso en una vida futura incierta en la que los difuntos ignoran si serán recompensados ó castigados. El indio no conoce la ley que castiga á los malos; para él todo queda vengado en este mundo, así es que en el otro los buenos y los malos vuelven á encontrarse disfrutando juntos de los eternos placeres: lo verdaderamente decisivo es la clase de muerte, según que acontezca en tiempo de guerra ó de paz y según que sea natural ó violenta. El país abundante en agua de Tlalocán, el dios de la lluvia de los mejicanos, era el punto á donde iban á parar, bien que no eterna sino temporalmente, las almas de los que morían ahogados, ó alcanzados por el rayo, ó víctimas de la lepra ó de enfermedades y accidentes análogos.

De la residencia general de las almas sepárase un infierno que se nos aparece bajo distintos nombres y que viene á ser una especie de purgatorio por cuanto algunas leyendas suponen que todas las almas han de permanecer en él una temporada generalmente de cuatro días. Los kabinapekes y los aschotschimis creen que las almas antes de penetrar en el otro mundo han de vagar alrededor de un gran fuego; los tschoktahes dicen que sus almas malas caen en un río lleno de peces fétidos y de sapos muertos, en donde no ven nunca el sol y se encuentran acosados por todos los males posibles. En muchas leyendas esta laguna Estigia ha de ser atravesada por todas las almas á menudo en escaleras peligrosas, ó en rígidos cuerpos de serpientes ó en resbaladizas vigas, teniendo que sufrir la lluvia de piedras que por todos lados les cae: sólo las buenas logran

vencer estos peligros, al paso que las malas sucumben á ellos.

Algo análogo á esto encontramos reproducido en la travesía del Hades. En la leyenda algonkina de Menabusch, este héroe realiza la travesía al infierno luchando contra el caudillo Pluma de perla que ha matado á su padre, para lo cual atraviesa el lago de pez tan funesto á los hijos de los hombres embarcado en un bote que el rey de los peces ha untado con aceite; después de haber dado muerte á la serpiente que está de centinela en la puerta, mata al caudillo con ayuda del pájaro pico (véase pág. 94). El propio héroe se convierte luego en guía de las almas y como á tal le encontramos á menudo en forma de águila y de otras aves: otras veces es el alma la que toma la forma de pájaro. Los tinnes hablan de un hechicero, Nayeweri (el que crea por medio del pensamiento) que puede matar con su simple mirada y mezclan de un modo raro en esta leyenda la residencia subterránea de las almas con la residencia primitiva de la especie humana. Este hechicero era muy poderoso y entraba con vida en el país de los espíritus siguiendo á los pájaros acuáticos que en numerosas bandadas se dirigían hacia los cálidos territorios del Sudoeste. De esta suerte llegó al pie del cielo en donde existe un gran agujero por el cual mana un río: junto á esa caverna puede verse lo que pasa en el interior y á ella se encaminan apenas se inicia el invierno las almas de los muertos que vagan por la tierra, las fieras y el pájaro del trueno. En la primavera cuando los pájaros acuáticos regresan al Norte, vuelven también los espíritus y el trueno. Nayeweri miró por el agujero y vió algunas almas que montadas en sus dobles canoas lanzaban sus redes para coger peces aunque sin pescar más que malas crías: otras bailaban en la orilla. Las almas se alimentaban de niños nacidos muertos, de ratones, de ranas, de ardillas y de pequeños roedores por ellas cazados. Nayeweri permaneció allí dos días durante los cuales su cuerpo permaneció muerto en la tierra.

«La forma religiosa — dice Gatschet — no es en la América del Norte tan politeísta como en el Asia meridional, en Europa y en Méjico sino que más bien presenta caracteres pandemoníacos, lo cual explica la relativa escasez de imágenes de dioses ó ídolos.» En los territorios del Noroeste es, quizás, donde más abundan las ideas de carácter mitológico: á ellos pertenecen las imágenes de los antepasados tan detalladamente descritos por Cook que aparecen colocados en las casas y de las cuales hemos hablado en la pág. 78: excepción hecha de estas figuras esculpidas que los indígenas denominan *Klummas*, no se ha observado el menor indicio que permita venir en conocimiento de nociones religiosas. «Probablemente — dice Cook — eran ídolos y como los habitantes empleaban á menudo la palabra *akuihk* cuando de tales objetos hablaban, no sería extraño que fuesen imágenes de sus antepasados adoradas por ellos como divinidades. Figuras informes de hombres y únicos símbolos de adoración podrían muy bien tener inmediata afinidad con la creencia en las almas. En el estrecho de Nutka, vense en muchas casas una ó dos estatuas de 1 metro y $\frac{1}{2}$ aproximadamente de altura que son simples troncos de árboles gruesos con la cara anterior de tal suerte labrada que tiene cierta semejanza con el rostro humano: ostentan, además, á los lados brazos y manos y el conjunto aparece pintado.» La estera que á modo de cortina tapa estas imágenes indica que realmente se trata de cosas que son objeto de cierta veneración. Los isleños no querían llevarlas fuera de su sitio y si alguna vez lo hacían hablaban con ellas en secreto. «Quizás — dice el editor

del tercer viaje de Cook — tenían la costumbre de ofrecer sacrificios á estas imágenes, pues tantas cuantas veces levantaban la cortina que las cubría nos indicaban por señas que hiciéramos á las mismas algún presente.» Por otro lado, los insulares de Nutka fácilmente vendían estas imágenes. A este orden de cosas pertenecen también algunas de las pilastras artísticamente esculpidas de los haidahes (véase pág. 80) acerca de las cuales dice Dawson muy concretamente que eran fabricadas para conmemorar á los difuntos. En las comarcas orientales de la América del Norte eran muy escasas las imágenes de aquella clase, y si bien existen en los templos de los indios de Virginia, por ejemplo, algunos indicios de ídolos de figura humana, no todos son de una autenticidad indiscutible. En cambio alrededor de los referidos templos alzábanse algunas estacas pintadas con rostros humanos esculpidos. En distintas cavernas de la montaña de Santa Lucía (Indias occidentales) se han encontrado aquí y allí esparcidas algunas estatuas de piedra y también fragmentos de utensilios de arcilla: dicese que en estas cavernas se refugiaron los indios acosados primero por los caribes y por los españoles después. Algunas de esas cuevas ostentan en sus paredes cabezas humanas toscamente cinceladas y figuras enteras y también rostros ó, mejor dicho, caricaturas de todos los monstruos fabulosos imaginables que constituyen una prueba de que debió existir alguna cohesión entre estas cavernas y el antiguo culto.

Desde la punta meridional de la Florida hasta el Arkansas y Virginia existían templos del sol de los cuales nos habló ya Soto y que 180 años más tarde volvemos á encontrar mencionados por Charlevoix: consistían en grandes cabañas parecidas á las de los caudillos formadas por una espesa pared de limo de unos 5 metros coronada por un techo á modo de cúpula desde el cual una ó más águilas figuradas miraban al sol; á su alrededor extendíase un muro en el cual se clavaban las cabezas de los enemigos sacrificados á este astro, ó se alzaban estacas pintadas y con rostros humanos labrados. En el interior un fuego ardía delante de una especie de altar. Estos templos que en el siglo décimosexto eran, al parecer, propios de cada tribu y aun de cada aldea se arruinaron con el transcurso de los años. Las cabezas y los cuernos de los animales inmolados eran colgados en la casa del sol de una estaca blanca y bifurcada por arriba. Es probable que en otro tiempo estuvieran enlazadas con estos templos las «casas de sudor» que subsistieron aun después de haber desaparecido el culto del fuego. Mientras los templos conservaron su carácter sagrado, estuvieron probablemente excluidas de ellos las mujeres que en cambio fueron admitidas en las cabañas de los consejos que vinieron á sustituir á aquéllos: los krihkes, sin embargo, las excluían hasta de éstas bajo pena de la vida.

Generalmente cuando se habla de los indios de la América del Sud se dice lacónicamente «que no poseen ninguna iglesia y que carecen de todo culto exterior;» esto no obstante, ya Petrus Martyr encontró entre ellos imágenes de madera, P. Davila vió en Santa María efigies del diablo sentado en una silla y Piedrahita habla de ídolos de piedra y de madera existentes en los templos de los cuicas y de los timotes, al Oeste del actual Trujillo, á los que se hacían sacrificios de algodón, piedras preciosas y manteca de cacao. De los viajeros modernos, Crevaux encontró entre los carijonas figuras esculpidas de hombres y pájaros en sitios visitados por los malos espíritus, y el capitán John Smith vió entre los powhatan de Virginia un grupo caricaturesco de madera labrada como imagen de un espíritu que llevaba el nombre abstracto *Ohi*, es decir, arriba. Esta

en otras tribus sudamericanas el dios del cielo y del trueno y por esto los tinnes dan á un espíritu malo el nombre de «venido del cielo.» Los araucanos creen que en sus sombríos bosques reina el espíritu Tranco cubierto de follaje que derriba los árboles, tuerce el pescuezo á los hombres, rompe la columna vertebral á los niños y, en una palabra, con sus actos demuestra ser el peor duende de las selvas. Los makahes consideran como portador de enfermedades á un espíritu maligno denominado Schukam: generalmente se introduce por la boca del que va á beber en algún torrente, pero también puede infiltrarse en el cuerpo por la piel cuando se toma un baño de agua salada.

El alma emigra en sueños, pero ni ella ni el alma que quiere separarse del que desfallece y que puede ser nuevamente insuflada ó metida debajo del cabello por los camanes constituyen un principio generador de vida. Los camanes examinan las almas y las guardan en cajas: dios se les aparece en sueños y una de sus más envidiadas aptitudes es la de soñar con él. Los sueños ejercen gran influencia especialmente en el sentido negativo, es decir, cuando aconsejan á uno que no haga alguna cosa, y la interpretación de los mismos es una de las principales tareas de los sacerdotes. A todas estas creencias agregábanse en Méjico los horóscopos que se formulaban con interminables circunloquios y en el Perú las profecías basadas en toda clase de fenómenos, tales como la vista de excrementos de animales, la forma de los granos de maíz, las figuras que hacía el humo, los sueños de los borrachos, el vuelo de las aves y otros muchos, existiendo para cada categoría sacerdotes especiales.

El país dichoso del otro mundo no tiene noche, ni nubes, ni vientos, ni tempestades, ni árboles secos sino que posee la vegetación más espléndida porque en él prosperan todas las semillas que en la tierra se malogran. Los comanches se imaginan el otro mundo como una pradera llena de búfalos; los nischinames llaman al paraíso casa de baile de los dioses: algunos lo suponen en el Sud, otros en el Oeste ó creen, por lo menos, que las almas al separarse de los cuerpos empiezan su ruta encaminándose hacia el sol poniente. Según los norteamericanos el infierno está situado al Occidente. Como los polinesios creen estos pueblos que las almas de los nobles descienden al averno siguiendo el curso del sol y que una vez allí habitan en islas felices, en la casa de príncipes (casa larga), lo cual no impide que las almas se dejen ver en otros puntos por varias causas y hasta incurriendo en contradicciones lógicas que á nadie repugnan. Ciertamente que las almas de los que sucumben en el campo de batalla habitan en una casa larga, pero por lo que toca á todas las de los demás dicese simplemente que van á parar al Tschay-her, es decir, debajo de la tierra, siendo compadecidos aquellos cuyo camino convierten en pantanoso los llantos fúnebres excesivos. Los thlinkites creen que las almas atraviesan las montañas y llegan á un río que cruzan auxiliadas por las sombras que las han precedido y que las conducen al reino de las tinieblas situado en la otra orilla. Los demonios (*jekhes*) son almas que vuelven á la tierra. Los *ichthes* ó hechiceros de los thlinkites invocan demonios superiores ó *hejekes*, las almas de los valientes en la aurora boreal, *takijekes*, almas encerradas en los animales terrestres, y *tekijekes*, almas transmigradas á los animales acuáticos ó espíritus acuáticos. Las almas de los grandes antepasados descienden á la tierra é inspiran á los sacerdotes. Los thlinkites consideran á los niños como almas de los parientes difuntos que regresan á este mundo y la madre impone á su hijo como primer nombre el de un antepasado que puede luego el padre sustituir por el

de un antecesor suyo. Los tinnes creen que los niños que nacen ya con dos dientes son reencarnación de almas de seres en otro tiempo vivientes; lo propio se supone respecto de los que nacen á raíz de la muerte de algún individuo de la tribu: así lo atestiguan Hearne y Petitot no pudo disuadir á una muchacha de la creencia de que había existido en otro tiempo con otro nombre.

Con la idea de una vida futura se enlaza de una manera vaga la de premio y castigo, aunque no tan saliente como cree Saens, por ejemplo, respecto de los chirigúas cuando dice: «Su religión se reduce á lo siguiente: creer que un ser superior que ha creado cuanto existe recompensa las buenas y castiga las malas acciones. De este ser no se tienen formada idea material alguna.» Más concreto es lo que se nos dice de los payaguas, según los cuales los malos son quemados en calderas mientras los buenos se dedican á la caza en las orillas de un río hermoso y abundante en peces, y de los rukujennes que establecen las tres siguientes gradaciones: las almas de los buenos van al cielo (*katun*), las de los malos andan errantes por las nubes y las de los *piáis* ó hechiceros permanecen unidas á los cuerpos en la tumba en donde celebran sus asambleas otros hechiceros, hombres y hasta animales. En los fríos territorios del Norte, en donde el sol con su calor y con su brillo deja sentir más eficazmente su acción sobre la tierra, crefáse que este astro, y aun más la aurora boreal, acogía en su seno á las almas de los valientes y que las almas buenas eran llevadas hasta él por el humo del fuego en que sus cuerpos eran consumidos. La idea del purgatorio no ha conseguido todavía entre los indios cristianos de Chiloe, por ejemplo, destruir la creencia de que muchas almas antes de ser admitidas en el cielo vagan por el aire: á ellas están reservadas ciertas bayas que con gusto devoran durante la noche. Los esquimales suponen que durante el invierno, cuando el sol ha desaparecido, el aire está lleno de almas. Desde el momento en que según cuál haya sido la clase de muerte las almas saben positivamente qué suerte les está reservada, la muerte no es para los indios el ingreso en una vida futura incierta en la que los difuntos ignoran si serán recompensados ó castigados. El indio no conoce la ley que castiga á los malos; para él todo queda vengado en este mundo, así es que en el otro los buenos y los malos vuelven á encontrarse disfrutando juntos de los eternos placeres: lo verdaderamente decisivo es la clase de muerte, según que acontezca en tiempo de guerra ó de paz y según que sea natural ó violenta. El país abundante en agua de Tlalocán, el dios de la lluvia de los mejicanos, era el punto á donde iban á parar, bien que no eterna sino temporalmente, las almas de los que morían ahogados, ó alcanzados por el rayo, ó víctimas de la lepra ó de enfermedades y accidentes análogos.

De la residencia general de las almas sepárase un infierno que se nos aparece bajo distintos nombres y que viene á ser una especie de purgatorio por cuanto algunas leyendas suponen que todas las almas han de permanecer en él una temporada generalmente de cuatro días. Los kabinapekes y los aschotschimis creen que las almas antes de penetrar en el otro mundo han de vagar alrededor de un gran fuego; los tschoktahes dicen que sus almas malas caen en un río lleno de peces fétidos y de sapos muertos, en donde no ven nunca el sol y se encuentran acosados por todos los males posibles. En muchas leyendas esta laguna Estigia ha de ser atravesada por todas las almas á menudo en escaleras peligrosas, ó en rígidos cuerpos de serpientes ó en resbaladizas vigas, teniendo que sufrir la lluvia de piedras que por todos lados les cae: sólo las buenas logran

vencer estos peligros, al paso que las malas sucumben á ellos.

Algo análogo á esto encontramos reproducido en la travesía del Hades. En la leyenda algonkina de Menabusch, este héroe realiza la travesía al infierno luchando contra el caudillo Pluma de perla que ha matado á su padre, para lo cual atraviesa el lago de pez tan funesto á los hijos de los hombres embarcado en un bote que el rey de los peces ha untado con aceite; después de haber dado muerte á la serpiente que está de centinela en la puerta, mata al caudillo con ayuda del pájaro pico (véase pág. 94). El propio héroe se convierte luego en guía de las almas y como á tal le encontramos á menudo en forma de águila y de otras aves: otras veces es el alma la que toma la forma de pájaro. Los tinnes hablan de un hechicero, Nayeweri (el que crea por medio del pensamiento) que puede matar con su simple mirada y mezclan de un modo raro en esta leyenda la residencia subterránea de las almas con la residencia primitiva de la especie humana. Este hechicero era muy poderoso y entraba con vida en el país de los espíritus siguiendo á los pájaros acuáticos que en numerosas bandadas se dirigían hacia los cálidos territorios del Sudoeste. De esta suerte llegó al pie del cielo en donde existe un gran agujero por el cual mana un río: junto á esa caverna puede verse lo que pasa en el interior y á ella se encaminan apenas se inicia el invierno las almas de los muertos que vagan por la tierra, las fieras y el pájaro del trueno. En la primavera cuando los pájaros acuáticos regresan al Norte, vuelven también los espíritus y el trueno. Nayeweri miró por el agujero y vió algunas almas que montadas en sus dobles canoas lanzaban sus redes para coger peces aunque sin pescar más que malas crías: otras bailaban en la orilla. Las almas se alimentaban de niños nacidos muertos, de ratones, de ranas, de ardillas y de pequeños roedores por ellas cazados. Nayeweri permaneció allí dos días durante los cuales su cuerpo permaneció muerto en la tierra.

«La forma religiosa — dice Gatschet — no es en la América del Norte tan politeísta como en el Asia meridional, en Europa y en Méjico sino que más bien presenta caracteres pandemoníacos, lo cual explica la relativa escasez de imágenes de dioses ó ídolos.» En los territorios del Noroeste es, quizás, donde más abundan las ideas de carácter mitológico: á ellos pertenecen las imágenes de los antepasados tan detalladamente descritos por Cook que aparecen colocados en las casas y de las cuales hemos hablado en la pág. 78: excepción hecha de estas figuras esculpidas que los indígenas denominan *Klummas*, no se ha observado el menor indicio que permita venir en conocimiento de nociones religiosas. «Probablemente — dice Cook — eran ídolos y como los habitantes empleaban á menudo la palabra *akuihk* cuando de tales objetos hablaban, no sería extraño que fuesen imágenes de sus antepasados adoradas por ellos como divinidades. Figuras informes de hombres y únicos símbolos de adoración podrían muy bien tener inmediata afinidad con la creencia en las almas. En el estrecho de Nutka, vense en muchas casas una ó dos estatuas de 1 metro y $\frac{1}{2}$ aproximadamente de altura que son simples troncos de árboles gruesos con la cara anterior de tal suerte labrada que tiene cierta semejanza con el rostro humano: ostentan, además, á los lados brazos y manos y el conjunto aparece pintado.» La estera que á modo de cortina tapa estas imágenes indica que realmente se trata de cosas que son objeto de cierta veneración. Los isleños no querían llevarlas fuera de su sitio y si alguna vez lo hacían hablaban con ellas en secreto. «Quizás — dice el editor

del tercer viaje de Cook — tenían la costumbre de ofrecer sacrificios á estas imágenes, pues tantas cuantas veces levantaban la cortina que las cubría nos indicaban por señas que hiciéramos á las mismas algún presente.» Por otro lado, los insulares de Nutka fácilmente vendían estas imágenes. A este orden de cosas pertenecen también algunas de las pilastras artísticamente esculpidas de los haidahes (véase pág. 80) acerca de las cuales dice Dawson muy concretamente que eran fabricadas para conmemorar á los difuntos. En las comarcas orientales de la América del Norte eran muy escasas las imágenes de aquella clase, y si bien existen en los templos de los indios de Virginia, por ejemplo, algunos indicios de ídolos de figura humana, no todos son de una autenticidad indiscutible. En cambio alrededor de los referidos templos alzábanse algunas estacas pintadas con rostros humanos esculpidos. En distintas cavernas de la montaña de Santa Lucía (Indias occidentales) se han encontrado aquí y allí esparcidas algunas estatuas de piedra y también fragmentos de utensilios de arcilla: dicese que en estas cavernas se refugiaron los indios acosados primero por los caribes y por los españoles después. Algunas de esas cuevas ostentan en sus paredes cabezas humanas toscamente cinceladas y figuras enteras y también rostros ó, mejor dicho, caricaturas de todos los monstruos fabulosos imaginables que constituyen una prueba de que debió existir alguna cohesión entre estas cavernas y el antiguo culto.

Desde la punta meridional de la Florida hasta el Arkansas y Virginia existían templos del sol de los cuales nos habló ya Soto y que 180 años más tarde volvemos á encontrar mencionados por Charlevoix: consistían en grandes cabañas parecidas á las de los caudillos formadas por una espesa pared de limo de unos 5 metros coronada por un techo á modo de cúpula desde el cual una ó más águilas figuradas miraban al sol; á su alrededor extendíase un muro en el cual se clavaban las cabezas de los enemigos sacrificados á este astro, ó se alzaban estacas pintadas y con rostros humanos labrados. En el interior un fuego ardía delante de una especie de altar. Estos templos que en el siglo décimosexto eran, al parecer, propios de cada tribu y aun de cada aldea se arruinaron con el transcurso de los años. Las cabezas y los cuernos de los animales inmolados eran colgados en la casa del sol de una estaca blanca y bifurcada por arriba. Es probable que en otro tiempo estuvieran enlazadas con estos templos las «casas de sudor» que subsistieron aun después de haber desaparecido el culto del fuego. Mientras los templos conservaron su carácter sagrado, estuvieron probablemente excluidas de ellos las mujeres que en cambio fueron admitidas en las cabañas de los consejos que vinieron á sustituir á aquéllos: los krihkes, sin embargo, las excluían hasta de éstas bajo pena de la vida.

Generalmente cuando se habla de los indios de la América del Sud se dice lacónicamente «que no poseen ninguna iglesia y que carecen de todo culto exterior;» esto no obstante, ya Petrus Martyr encontró entre ellos imágenes de madera, P. Davila vió en Santa María efigies del diablo sentado en una silla y Piedrahita habla de ídolos de piedra y de madera existentes en los templos de los cuicas y de los timotes, al Oeste del actual Trujillo, á los que se hacían sacrificios de algodón, piedras preciosas y manteca de cacao. De los viajeros modernos, Crevaux encontró entre los carijonas figuras esculpidas de hombres y pájaros en sitios visitados por los malos espíritus, y el capitán John Smith vió entre los powhatan de Virginia un grupo caricaturesco de madera labrada como imagen de un espíritu que llevaba el nombre abstracto *Ohi*, es decir, arriba. Esta